

## **Sociabilidades porteñas e identidad de clase: tertulias, salones y comercios en la literatura memorialista de Buenos Aires**

Santiago Javier Sánchez

En este artículo nos proponemos estudiar la transición de la era criolla a la era aluvial en Buenos Aires, tomando como eje las denominadas “sociabilidades” y su vínculo con la identidad de clase.<sup>1</sup> Analizaremos así ciertos ámbitos de encuentro de la era criolla, como las tertulias y los antiguos comercios, entre los que se incluirán las tiendas, las pulperías y los cafés, para pasar luego al análisis de las sociabilidades finiseculares. En todos los casos, nuestra fuente principal será la literatura memorialista porteña del Ochenta, pero recurriremos también a otros testimonios contemporáneos. Dentro de la denominada literatura memorialista incluimos a una serie de autores que publicaron memorias, novelas y crónicas históricas durante el período 1880–1910, entre ellos *Buenos Aires desde setenta años atrás*, de José Antonio Wilde (1881), *La gran aldea*, de Lucio V. López (1884), *Memorias de un viejo*, de Vicente Quesada, más conocido por su seudónimo Víctor Gálvez (1889), y *Las beldades de mi tiempo*, de Santiago Calzadilla (1891). Estos textos vieron la luz en pleno proceso de crecimiento demográfico, inmigración europea masiva y modernización acelerada de una ciudad que, hasta 1880, conservara sus rasgos originales de “Gran Aldea” colonial.<sup>2</sup> Los autores memorialistas pertenecieron todos a la elite local más tradicional, aquella que hundía sus raíces en la colonia y reivindicaba su identidad primera frente a la marea cosmopolita que invadía la capital argentina.

En este trabajo sugerimos que las sociabilidades fueron, ya desde la era criolla, un ámbito privilegiado de construcción de identidades colectivas, tanto burguesas como populares. Como primera hipótesis de trabajo sostenemos que durante la era criolla porteña ambas identidades de clase habrían estado íntimamente entrelazadas y, aunque también era dado reconocerlas por separado, su interdependencia habría sido considerable. Una segunda hipótesis es que, al principiar la era aluvial, estas identidades de clase se habrían definido cada vez más, en especial la de la “alta sociedad,” y con ellas las sociabilidades conexas.

Para Leandro Losada, el término “clase” entraña obstáculos analíticos difíciles de superar. Por ende, términos como “clase alta,” elite,” “aristocracia” o “burguesía” adolecen de una cierta ambigüedad teórica. Ni siquiera la tradición marxista, que es la

que más ha utilizado la palabra-concepto de “clase,” ha sido capaz de brindar una definición precisa. Lo único claro pareciera ser que lo económico es lo determinante aquí. Siendo que expresiones como “clase alta” y “aristocracia” son entendidas más como calificativos que como definiciones, Losada opta, al igual que otros estudiosos de la Belle Époque, por “alta sociedad.” Este concepto (que adoptaremos también) permite identificar a un personaje de la vida social, aun teniendo en cuenta su heterogeneidad inevitable. Así, puede sostenerse que pese a su pluralidad, los miembros de la “alta sociedad” estaban unificados por un estilo de vida, así como por ciertas pautas culturales, con sus pasatiempos y ritos, marcados a su vez por una pretensión de distinción, refinamiento y exclusividad (Losada XXI).

El concepto de “sociabilidad” está presente en la tradición filosófica inglesa y francesa desde el siglo XVII pero, en lo que hace a los estudios históricos, fue Maurice Agulhon (1966) quien lo utilizó por primera vez en su estudio sobre las confraternidades y asociaciones de la Provenza meridional de 1850–1900. Más tarde, Pilar González Bernaldo (1999, 2001) lo emplearía para analizar la vida social del Buenos Aires de 1829–1862. En los diccionarios franceses el término “sociabilité” puede entenderse en dos niveles, el de la especie y el del individuo. El primero de ellos hace alusión a la vida en grupos relativamente extendidos y complejos (hombres, simios, elefantes, etc.) mientras que el segundo tiene un sentido más psicológico, por ejemplo, el niño sociable es aquel que no es tímido o “cerrado.” En ninguno de los dos casos la sociabilidad es materia de historia, ya que para un historiador el ser humano, como especie desprendida del reino animal, es un objeto demasiado vasto, mientras que el individuo sólo resulta un objeto demasiado estrecho, a excepción del caso especial de la biografía. Pero hay una tercera acepción, la del “hombre sociable,” entendido colectivamente. En ese sentido, puede contraponerse al francés con el extranjero, al parisino con el provenzal, o al francés del XVIII con el del XVII o XIX. Al volverse colectiva, sujeta a variaciones en el espacio y el tiempo, la sociabilidad deviene un objeto de historia posible. Agulhon afirma que si los comportamientos vinculados a la sociabilidad—como la manera de relacionarse con el otro, de frecuentarlo y de asociarse con él—pueden ser objeto de análisis sociológico, es decir, científico, es porque poseen características observables y estadísticamente comunes al interior de una colectividad dada, pero también en un sentido más profundo porque están regulados y codificados (Agulhon, “La sociabilité est-elle objet de l’histoire?” 14-16).

Para González Bernaldo, la noción de sociabilidad constituye el principio rector de las relaciones interpersonales, su “aptitud” para vivir en el seno de una sociedad. Inevitablemente, las personas se vinculan entre sí, en cualquier sociedad humana, aunque estas formas de vincularse y de asociarse puedan diferir de una colectividad o de una época a otra. Según esta autora, en las elites porteñas del XIX habría circulado un “discurso sobre la sociabilidad” vinculado con las relaciones “civiles,” las cuales eran consideradas como formadoras del lazo social (*Civilidad* 24). Es así que el acceso a formas superiores de civilización y a una definición liberal de nación supondría, para las elites rioplatenses, el cultivo incesante de la civilidad y de sus prácticas de asociatividad y de sociabilidad. Tal circunstancia supone asimismo la existencia de “espacios de sociabilidad comunitaria,” ámbitos físicos en los que los individuos interactúan (González Bernaldo, “Vida” 149).

Más allá de los espacios de asociatividad y civilidad que González Bernaldo estudia en particular, como las nuevas instituciones políticas que sustituyen a las coloniales, las organizaciones corporativas tradicionales y modernas (la Iglesia, las confraternidades religiosas y étnicas, las asociaciones profesionales) o los clubes (en su variante político-partidaria y luego clasista), esta misma autora señala otros—que son los que más nos interesan, a los fines de nuestra investigación—de características más informales. Entre ellos, podemos mencionar la calle, los pórticos de las iglesias, las plazas, los mercados, los paseos públicos (como la Alameda o Palermo), las pulperías, los cafés y, de manera particular, los propios interiores de las residencias de la “alta sociedad,” marco privilegiado de las sociabilidades de este grupo. En estos ámbitos los diferentes estratos solían encontrarse y coincidir, aunque “un abismo social y jurídico podía separarles” (“Vida” 149).

Tal como señala Jürgen Habermas para la Europa de los siglos XVII y XVIII (particularmente Francia e Inglaterra), la esfera familiar, privada, fue evolucionando y extendiéndose hasta los espacios públicos, en los cuales los individuos podían encontrarse y charlar con otras personas, más allá del restringido círculo doméstico. Entre otros espacios análogos, los cafés fueron centrales en el desarrollo de la esfera pública en la república de las letras, conteniendo en sí las semillas del debate público más extendido y de una esfera más politizada. Durante este proceso, se formó una opinión pública que se verbalizaba, circulaba y se “publicitaba,” influenciando la esfera de la autoridad estatal. Habermas destaca que, en un momento dado, la burguesía abandonó la corte y se asentó en las ciudades, autonomizándose. Aquí la vanguardia de este grupo aprendió el arte del debate público crítico. La ciudad fue el centro vital de la sociedad civil no sólo en lo económico sino que, en contraste con la corte, constituyó una temprana esfera pública de la república de las letras cuyas instituciones fueron los cafés y los salones (30).

Entre 1680 y 1730, Inglaterra y Francia compartieron un fenómeno que en el Río de la Plata se produciría más tardíamente. Estos años fueron la edad dorada de los salones y de los cafés como centros de crítica—primero literaria, luego política—en los cuales comenzó a emerger, entre sociedad aristocrática e intelectuales burgueses, una cierta igualdad de los educados (Habermas 32-33). En el caso del Buenos Aires colonial, el rol de estos locales funcionó de manera análoga, conformando no sólo nuevos espacios de sociabilidad masculina sino emergentes nodos de una opinión pública, la de la burguesía criolla en ascenso, un grupo que buscaba diferenciarse de la metrópoli española.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX, según señalan diversos autores, el patriciado porteño tendió a abandonar los espacios públicos en los que se confundía con la plebe, para retraerse a otros más íntimos y familiares. La ciudad no contaba, además, con las condiciones necesarias de higiene y de confort en lo que hacía a la circulación de personas y vehículos. Estas circunstancias desfavorables habrían impulsado la preponderancia de la dimensión doméstica por sobre la vida extra-familiar; es decir, aquella que se desarrollaba en la calle y en otros espacios públicos. De todas maneras, González Bernaldo resalta un hecho capital: en todas las épocas el espacio urbano unió los marcos de sociabilidad (*Civilidad* 40). En lo que a nuestra investigación atañe es siempre Buenos Aires la que contiene y alienta las sociabilidades.

Otro autor que ha estudiado las sociabilidades porteñas de la era criolla es Jorge Myers, quien no deja de enfatizar que el “hecho central” que determinó el carácter socio-cultural del Río de la Plata hasta mediados del siglo XIX fue la Revolución de Mayo. Contrariamente al caso europeo, en donde el ámbito privado y el nuevo culto al “yo” habían cobrado fuerza en estos años, en el Río de la Plata lo público tendió a “devorarse lo privado” (112). Mientras el Antiguo Régimen se había asentado sobre la noción de jerarquías estables, la Revolución, por el contrario, reemplazó sus teorías corporativistas por otras de cuño contractualista o iusnaturalista basadas en las nociones republicanas de soberanía y de ciudadanía (Myers 114).<sup>3</sup>

Myers distingue cinco principales zonas de la experiencia social y cultural rioplatense, escenarios insoslayables de las sociabilidades: en primer lugar, una sociabilidad doméstica y semi-privada, y en segundo lugar, los espectáculos públicos y los espacios de esparcimiento urbanos. Ambos pertenecen al “universo de la experiencia privada,” aunque en un caso se trate de ámbitos de puertas adentro y en el otro de puertas afuera. En la transición a la etapa independentista, según Myers, ambas esferas no sufrirían cambios sustanciales. Un tercer espacio de sociabilidad sería el de los cafés, en donde operaría una “acción semipública”; un cuarto espacio consagrado a la actividad corporativa y un quinto y último modelado por las formas de asociación política o semipolítica iniciadas por el proceso revolucionario. Este autor también sostiene que el ámbito de sociabilidad por excelencia de la elite rioplatense fue el espacio interior y que esto fue así antes y después de la Revolución de 1810. Por otra parte, la “experiencia moderna de la soledad” era desconocida no sólo por los sectores subalternos sino también por las clases altas. Las grandes casonas coloniales albergaban a numerosas personas, integradas todas ellas dentro de estructuras familiares patriarcales que incluían tanto a parientes cercanos como lejanos, por un lado, y a sirvientes y esclavos, por el otro. A toda esta gente se añadían las eventuales visitas, locales y extranjeras (Myers 116-17).

Desde el ministerio de Bernardino Rivadavia (1820–1824), durante la gobernación de Martín Rodríguez en la provincia de Buenos Aires, la elite local se esforzó vanamente (aunque con mayor éxito tras la caída de Rosas) por “civilizarse” y europeizarse. Ciudad pobre y marginal hasta fines del XVIII, cuando principió su desarrollo económico, la riqueza de Buenos Aires era de origen aún reciente en el XIX. La sociedad urbana en su conjunto era asimismo joven, y la movilidad social y la falta de una tradición de Antiguo Régimen ayudaban a conformar una atmósfera más republicana y abierta. A diferencia de otras ciudades hispanoamericanas, como México y Lima, Buenos Aires carecía de una clase nobiliaria, de larga prosapia (salvo algunos casos excepcionales), y de una tradición ligada a ésta. Es por ello que, como sostiene Losada, la respuesta de la burguesía porteña consistió en una sistemática búsqueda de refinamiento y distinción. Fue una tarea para nada fácil, “reelaboración permanente” y “reafirmación continua” (XXIV). La “alta sociedad” de Buenos Aires intentó educarse a sí misma, reafirmarse en todos los aspectos (gustos musicales, gastronómicos, artísticos, y hasta en sus ademanes y gestos) para abandonar así la “rusticidad criolla” y el provincianismo que habían sido omnipresentes hasta mediados del siglo XIX (XXV). Si a esto añadimos la activa participación política de los sectores populares, ya en vísperas de la Revolución de Mayo, podríamos hablar de una sociedad en la cual el igualitarismo y las jerarquías poco sólidas y perdurables formaban parte del imaginario colectivo (XXIII). El republicanismo regía

ideológicamente Buenos Aires, impregnando todas las capas sociales, por lo que la forja de una identidad de clase burguesa no fue tarea sencilla ni menor.

Hasta 1880 la sociedad porteña siguió siendo criolla, por lo que su centro de gravedad eran las elites nativas. Es aquí que se abre un primer período, que se extiende hasta 1900, signado por un paulatino e importante cambio en la “alta vida social.” Ésta responde ahora a una formalidad de ribetes protocolares, visibles en la etiqueta, el vestido y las nuevas diversiones, entre otros ejemplos. Todo esto en el marco de un gradual reemplazo de la vida criolla por un cosmopolitismo con referencia central en los modelos de la alta sociedad parisina y londinense. Se corona así un proceso iniciado con fuerza hacia 1860, alentado por la nueva estabilidad política y por la creciente prosperidad material (XVIII).

Entre 1900 y 1910 recién se despliega, en todo su esplendor, la Belle Époque porteña, siendo su punto culminante el Centenario de la Revolución de Mayo y sus fastuosas celebraciones. En estos años ya se ha configurado una auténtica aristocracia local, que cuenta con los grandiosos escenarios que su ideología y sus aspiraciones exigían: el Teatro Colón, los palacios lindantes con la Plaza San Martín, el Barrio Norte y la incipiente Recoleta, el edificio céntrico del Jockey Club, el Hipódromo, el parque 3 de febrero, etc. Estos eran escenarios con los que ni remotamente hubieran soñado las familias de la “alta sociedad” porteña durante los austeros años del rosismo.

Pero volvamos a las sociabilidades de la era criolla. Tal como señala José Luis Romero, la naciente burguesía porteña era modesta por definición y de costumbres sencillas, muy alejadas del boato de centros urbanos más tradicionales, como Lima o Madrid (“Buenos Aires” 36). De esta manera, los porteños más distinguidos se contentaban con trabajar, con pasear por la Alameda que se construyera durante el virreinato de Juan José de Vértiz (1778–1784), con ir a misa, los hombres con concurrir a los cafés y las mujeres con visitar las tiendas en las calles Bolívar, Perú o Victoria, en donde se concentraba el comercio. Las veladas, en tanto, transcurrían en las denominadas “tertulias” familiares, o “reuniones caseras,” tal como las llamaba Santiago Calzadilla, que se hicieron frecuentes en los años postreros del virreinato español. Constituían éstas una versión más humilde e informal de los salones europeos contemporáneos (Myers 119). Las tertulias tenían lugar en las casonas de las principales familias de la ciudad, al menos una vez a la semana, al caer el sol y hasta la medianoche, diferenciándose así de otras celebraciones más íntimas que solían realizarse durante el día, tales como los cumpleaños, las bodas y los onomásticos. Por otra parte, las festividades religiosas brindaban la oportunidad de socializar en los templos. Tal era el caso de la Navidad, del Año Nuevo y de la Cuaresma, por citar sólo las principales. Otras formas de sociabilidad eran las corridas de toros, los circos, los paseos por la Alameda, los baños en el Bajo y los teatros.

Jorge Myers subraya que en las tertulias (esa mezcla de bailes, fiestas, reuniones privadas y chismorreos de la Gran Aldea), se tejían lazos informales de sociabilidad cuyo influjo en la vida pública del joven Estado llegaba a ser poderoso. En las mismas, las dueñas de casa hacían las veces de anfitrionas, imponiendo el tono y el “estilo social” que debían imperar (120). Las mujeres podían así desempeñar un protagonismo importante y tender a una mayor igualdad con respecto a los hombres, dos posibilidades que les estaban vedadas en

otros ámbitos. Así, les era dado adentrarse, de manera indirecta y sutil, en el terreno de la política, espacio público del que, en principio, estaban formalmente excluidas.

En *La gran aldea* la casona de Medea Berrotarán, tía del narrador-protagonista Julio Rolaz, es el lugar de encuentro de militantes de la facción política encabezada por el general Buenaventura, alter ego de Bartolomé Mitre. Medea, que pertenece a la elite criolla, se considera a sí misma una figura central en los debates políticos contemporáneos, ya que su padre, el coronel Berrotarán, combatió en la Guerra de Independencia. Lucio V. López la pinta con trazos caricaturescos y ácidos, mostrándola como a una implacable matrona republicana. Al respecto, es interesante citar a David Foster cuando sostiene que, en realidad, no existe una sociedad entera controlada por mujeres como Medea Berrotarán. Lo que sucede, en cambio, es que este personaje encarna los valores dominantes y los erige en principios rectores de un hogar, el cual funciona como un microcosmos de Buenos Aires y de la Gran Aldea. Sobre este microcosmos Medea reina despóticamente. En definitiva, la tía Medea puede comportarse como una tirana iracunda, pero es sólo el instrumento de los valores sociales que ella acepta gustosa para hacer avanzar la influencia de su “salón” (Foster 81). La tertulia porteña más prestigiosa de la primera mitad del siglo XIX fue, sin duda alguna, y tal como lo señalan unánimemente numerosos autores, la de Mariquita Sánchez (1786–1868), viuda de Thompson y Mendeville, una de las damas más acaudaladas de la “alta sociedad” de Buenos Aires. Además de Mariquita, recibían las señoras de Riglos, Escalada, Oroni, Sarratea, Ortiz de Rosas, Arana, Santa Coloma, Esnaola y Senillosa, entre otras (Carretero 195).

Al igual que los salones franceses, una tertulia era, antes que nada, un lugar de acogida y de reunión de la alta sociedad, por lo que, aunque faltase el lujo, la casa de la anfitriona debía ofrecer una cierta comodidad y desahogo, además de una presencia constante. Según Laure Junot, duchesse d’Abrantès, en *Histoire des salons de Paris, 1836–1838*, la casa debía estar abierta al menos una vez a la semana, si no más, y sus dueños (pero en especial la señora) debían ofrecer a los tertulianos un rostro y unas maneras siempre amables (en Daumard 89). Por otra parte, las mujeres de la alta sociedad, al igual que sus homólogas francesas, tenían sus necesidades materiales más que cubiertas. En todos los casos, contaban con servicio doméstico, por lo que organizar una tertulia o salón era una excelente manera de estar ocupada y de sentirse valiosa. Las mujeres jóvenes podían gozar de los homenajes que se les consagraban: ellas reinaban, o creían reinar, por su belleza o por su encanto. Más entradas en años, su condición de anfitriona prestigiosa confería un sentido y un lustre a sus vidas (Daumard 89). Como testimonia Danielle Stern, condesa de Agoult, “el salón era la ambición suprema de la parisiense, el consuelo de su madurez, la gloria de su vejez” (en Daumard 89; la traducción es nuestra). Tal fue, notablemente, el caso de Mariquita Sánchez. En ese sentido, es significativo constatar que, al referirse a las veladas organizadas en su suntuosa residencia de la calle Florida durante la primera mitad del XIX, los contemporáneos y los autores posteriores utilizan el vocablo “salón” y comparan a esta señora con Madame de Sevigné y con otras renombradas anfitrionas de salones franceses. Pero veamos la caracterización que hace Santiago Calzadilla de estas reuniones, en su humilde versión criolla:

Eran verdaderas tertulias donde se bailaba de 9 a 12 de la noche, al son de un piano de *Stoddart*, acompañado a veces de violín y flauta. *Rompían* el baile con un minuet liso, las señoras y caballeros de más categoría acompañando a los dueños de casa. Después de esto y de cumplidos los respetos y agasajos a la dueña de casa (de que ahora se prescindía por completo), ya quedaba oficialmente inaugurada la tertulia... (55)

La presencia de la señora y anfitriona de la casa resultaba tan vital como ineludible. Su rol de organizadora encargada de agasajar a los invitados no sólo era útil, desde un punto de vista práctico, sino que de alguna manera graficaba el aceitado funcionamiento de las estructuras sociales y familiares. Y esto en un marco que bien podríamos definir como escenográfico o teatral. El espacio cerrado de lo doméstico constituía el dominio por antonomasia de la dama patricia de Buenos Aires. Ese espacio reducido, íntimo, al que por una secular tradición hispánica y árabe estaba relegada la mujer, devenía parejamente su fortaleza mayor. Dentro de los muros de adobe de las casonas coloniales la señora regía y protagonizaba. Las tertulias se desarrollaban en este mismo territorio familiar, puertas adentro, aisladas de las calles enfangadas y de los inquietantes espacios públicos en los que se entremezclaban peligrosamente las clases sociales.

Aquí adentro, en cambio, la “alta sociedad” porteña se encontraba a sí misma, en el seno de su exclusividad, pudiendo preservar la “pureza” de los roles prefijados para el hombre y para la mujer. En ese sentido, la sencilla etiqueta de la época marcaba ciertos ritos que Calzadilla menciona y que delineaban los contornos del evento. Los dueños de casa, acompañados de las parejas de “más categoría,” llevaban adelante una ceremonia inaugural que, pese a lo modesto del escenario, representaba jerarquías socioeconómicas y roles de género bien precisos. Calzadilla, que perteneció a aquella “alta sociedad” criolla y tradicional, evoca con una nostalgia no exenta de orgullo aquellas costumbres rituales, contraponiéndolas a la irrespetuosa informalidad de fines del XIX. Antaño, eran los saludos reverenciosos, hoy la falta absoluta de modales y por ende, de consideración a los roles y a las jerarquías, no sólo clasistas y de género sino también generacionales:

En estas tertulias reinaba la más franca alegría, unida al mayor respeto de la juventud por *la casa y por la concurrencia*; pues si alguno se hubiera permitido la menor descortesía o irregularidad, como *las temporadas de ahora*, por ejemplo, en que toman a una niña, la sientan, y se ponen a hablar en secreto con ella, aislándola durante la noche del contacto de las demás gentes, en que no sabe uno qué admirar más, si la audacia de los galanes, la candidez de las señoritas, o la estolidez de las madres, que no ven lo que pasa; pues no quiero suponer que esto sea por el deseo de librarse de la niña, que así la abandonan a su juventud, a su inocencia y malos procederes, faltando a los respetos de una sociedad noble y distinguida como la nuestra...! (Calzadilla 57)

Santiago Calzadilla escribe desde el presente cosmopolita y refinado de 1891, que él, antiguo caballero porteño, condena moralmente. La relajación finisecular de las costumbres supone también, desde su punto de vista, una relajación del orden social impensable en la Gran Aldea. En realidad, la alta sociedad porteña demostraba (tal como

señala José Luis Romero), su condición conservadora y cambiante a la vez. De manera más que paradójica, la nueva burguesía, deseosa de definirse como tal, tendió al conservadurismo (político y social), ya que no podía darse el lujo de abrirse a otros grupos sociales y de perder la exclusividad de su poder. No obstante ello, le resultó inviable conservar el estricto sistema moral de la Gran Aldea. Es que, siendo un producto directo del cambio, no podía sustraerse a una situación que ella misma había generado (Romero, “Buenos Aires” 45). La sencillez en el trato era perceptible aún en detalles aparentemente nimios, cargados éstos de significación social. Tras mencionar las primeras tertulias a las que, siendo muy joven, asistió con sus padres, las de la familia Cortinas, y en las cuales solía tocar el piano, Calzadilla describe el modo austero de los saludos de entonces:

[...] las señoras más caracterizadas rompían los bailes con esa gracia de aquellos tiempos en que las amigas se saludaban con efusión sincera, diciéndose, ¿cómo te va, che, de amores?, pero sin morderse, dándose y recibiendo esos besos ridículos de ahora hasta con las señoras viejas, sin acordarse de que Chateaubriand, recomienda mucho que se respeten las *ruínas*. Esos besos, decía, tan desprovistos de verdad por lo mentidos, de que se hace un abuso intolerable, y peligroso por el contagio de las enfermedades, etc., etc. Ni tampoco andábamos de mano dada, con todo ser cristiano que se encontraba en el salón, pues esto, en las señoras, era un favor acordado a la intimidad de las amistades y no concedido a granel como ahora. (38-39)

Siguiendo a Leandro Losada, es dable afirmar que el saludo permite delinear un “nosotros.” Gracias a él se forja un espacio entre conocidos de un mismo grupo y se establece una suerte de “demarcación,” la cual puede tener lugar tanto en un espacio público como privado. Consecuentemente, la elite se autodefinía en este rito cotidiano, en consonancia con la idea de un comportamiento distinguido, y con toda una serie de conductas, gestos y ademanes en los que la moderación y el control emocional jugaban un importante rol (Losada 243). La alta sociedad de Buenos Aires estaba regida por “protocolos no escritos,” como los define Andrés Carretero. Uno de ellos estipulaba que los saludos, cuando eran entre mujeres, consistían en besos y abrazos “a la francesa,” tomándose de los brazos suavemente y besándose de costado las mejillas. Cuando el vínculo era más distante, sólo se acostumbraba un beso, y dos cuando la relación era de parentesco o amistad. En cuanto a las visitas masculinas, bastaba con un saludo formal y a la distancia. Sólo había un apretón de manos si el que recibía era el hombre de la casa (Carretero 197).

Hasta 1880, la separación de los sexos se mantuvo inflexible en lo que hace a espectáculos o reuniones públicas. Tal fue el caso de las cazuelas de los teatros locales, reservadas de manera exclusiva a las mujeres. Ni siquiera las señoras casadas podían estar allí (ni en ningún otro sector) con sus maridos. En cuanto a los bailes de las tertulias, éstos carecían casi por completo de contacto físico entre las parejas (a excepción del vals), y eran amenizados principalmente por los pianos, que comenzaron a ser importados en buen número a partir de 1810. Una de las danzas más difundidas era el minué, que durante el rosismo se presentó en su variante “montonero” o “federal.” Al bailar, las jóvenes realizaban con sus abanicos “el eterno juego de las miradas y sonrisas disimuladas,” con



la complicidad de sus compañeros. De esta forma, la danza y el coqueteo quedaban restringidos dentro de las ceremoniosas reglas de un formalismo que todos conocían y consensuaban (Carretero 197-98). Aunque la que las organizaba era la alta sociedad, las tertulias se caracterizaban, en esta primera mitad del siglo XIX, por su sencillez y por su atmósfera familiar, armonizando así con el espíritu pueblerino de la Gran Aldea. Es lo que subrayaba José Antonio Wilde en 1881:

Era costumbre muy generalizada, y especialmente entre las familias más notables y acomodadas, dar *tertulias*, por lo menos una vez por semana; a las que, con la mayor facilidad podía concurrir toda persona decente, por medio de una simple presentación a la dueña de casa, por uno de los tertulianos [...] Desde las ocho hasta las doce o doce y media, eran horas que no perjudicaban ni alteraban en mucho el orden doméstico. Se divertían un rato, como entonces se decía, y al día siguiente todo el mundo se encontraba en aptitud de entregarse a sus ocupaciones. Hoy no es así. De manera que, si la civilización tiene sus indisputables ventajas, suele traer consigo también sus serios inconvenientes. Asistir hoy a una reunión de baile, se traduce por tener que dormir gran parte del día siguiente, o andar *cayendo de sueño*, con detrimento del cumplimiento de sus deberes, y aun de la salud. El traje de las jóvenes era de lo más sencillo y sin ostentación, reinando en aquellas reuniones la mayor cordialidad y confianza. En efecto, esas *tertulias* eran verdaderas reuniones de familia, sin el lujo, a veces desmedido, ni la fría reserva que se nota en muchas de nuestras actuales *soirées*. No se precisaba de espléndidas cenas ni de riquísimos trajes; el baile, la música, la conversación familiar, el trato franco, y sin intriga, y el buen humor, bastaban para proporcionar ratos deliciosos. Bien poco costaban, pues, estas *tertulias*, ni a los concurrentes ni a la dueña de la casa, que todo lo hacía con una libra o dos de hierba y azúcar, el aumento del alumbrado y un *maestrillo* para cuatro horas de piano; y muchas veces, ni aun este gasto se hacía, pues que se alternaban las niñas y los jóvenes aficionados, para tocar las *piezas de baile*. (112-13)

Wilde, al igual que Calzadilla, escribe desde un presente sensiblemente más europeizado y refinado. Al resaltar con ventaja la hora temprana de las tertulias, que no se prolongaban jamás hasta más allá de la medianoche, está condenando de manera explícita los nuevos horarios, que la generalización de la luz eléctrica había extendido hasta altas horas de la noche. Veladas más prolongadas, en la primera mitad del XIX, hubieran resultado más onerosas e incómodas a causa de la iluminación a velas, según lo que el propio Wilde nos sugiere al mencionar el “aumento de alumbrado.” La luz eléctrica, en cambio, supuso un cambio radical al acelerar considerablemente los ritmos biológicos en espacios públicos y privados, y al alterar el sentido de la intimidad (Bergero 61).

En otro orden de cosas, puede decirse que después de 1880, ya no hubo más tertulias sino auténticos salones, ámbitos pedagógicos en lo que hace a la educación en las formas “civilizadas” provenientes de Europa. La influencia de los viajes al Viejo Continente fue determinante, con las modas e ideas que de allí ingresaban a la alta sociedad porteña.

Hasta el lenguaje afectado de los burgueses porteños aparecía mechado de vocablos y expresiones francesas e inglesas, puesto que el dominio de estas lenguas suponía un toque de distinción. La mayoría de los extranjeros arribados al país no era de ese origen, por lo que hablar o chapurrear esos idiomas considerados distinguidos simbolizó una distancia con respecto al resto de la sociedad pero también en relación al propio pasado criollo (Losada 172). Como indica Spicer-Escalante, “la transición cultural también se ve en la transición léxica semibabilónica de la nueva metrópoli” (52).

En *La gran aldea* Lucio V. López describe la conversación sostenida por tres reconocidos caballeros de la alta sociedad porteña de 1882. Estos son, en primer lugar, el doctor Montifiori, ex diplomático europeo casado con una distinguida dama criolla; en segundo lugar, el doctor Bonifacio de las Vueltas, quien según Eduardo Suárez Danero sería Bernardo de Irigoyen; y en tercer lugar, un culto político caído en desgracia que no sería otro que el ex presidente Nicolás Avellaneda (Blasi 30).<sup>4</sup> Veamos entonces cómo este último personaje narra la aventura que tuvo con una artista de variedades, para lo cual emplea dudosos galicismos y anglicismos:

--Nosotros no tenemos papel que desempeñar en este baile... Mucha mamá *demodada*; y no es posible *glisarles* nada a las jóvenes sin que se ofendan [...] yo amo a la mujer fácil... ¡*Variedades!* Anoche *Fleur d'Englantine* estuvo apetitosísima en la *chansonnette*... *Quelle chatte!* [...] Estábamos en el *avant-scène*, con los *attachés* de la legación turca, y la muy ricotona me cantaba a mí solo todos los *couplets*... [...] Yo estaba irreprochable... mis zapatos barnizados, mis guantes amarillos, un sobretodo de cuellos de *silkskin*... [...] Subimos en mi cupé *clarence* y cenamos en el Café de París soberbiamente... unas *armoricains* y un *homard*, ¡que sólo ese Sempé es capaz de proporcionar en esta tierra imposible! ¡Qué mujer tan *flirtante!*... (López 98-99)

La figura del *dandy*, que Lucio V. Mansilla, con su excéntrica personalidad, encarnara como ningún otro en el mundillo literario de Buenos Aires, es llevada por el político a un extremo que, ahora en el terreno de la ficción, roza la inmoralidad y el patetismo. López ha cargado las tintas con particular encono al momento de retratar este personaje, mostrándolo en todo el ridículo de su perversidad y de su artificiosa manera de expresarse oralmente. Siguiendo a David Foster, consideramos que el peso de *La gran aldea* se apoya en una serie de viñetas, características, por otra parte, del verismo costumbrista. De esta manera, la descripción de las experiencias vividas por el testigo-narrador de la novela (Julio Rolaz) abunda en detalladas referencias a cuestiones materiales y al lenguaje del período cubierto por la novela. En esta línea se inscribe la anécdota aquí transcrita y la escena completa del baile en el Club del Progreso. A lo largo de estas viñetas, el narrador (que es además participante de los hechos que evoca) asiste al descubrimiento de un mundo social y a la evolución de las posibles interpretaciones del mismo (Foster 86). Por otra parte, y tal como señala Spicer-Escalante, la ideología liberal de Lucio V. López no le impide poner en tela de juicio el proceso modernizador del país. *La gran aldea* poseería así una “naturaleza desmitificadora” y no consistiría únicamente en “una representación política del país” sino que además se presentaría como “un verdadero proyecto literario de desmitificación sociopolítica relacionado con la idea de engendrar una nación

argentina moderna a fines del siglo XIX” (Spicer-Escalante 44-46). Podemos añadir, por nuestra parte, que el rol específico que le cupo a la alta sociedad de Buenos Aires en la forja material e ideológica de la Argentina moderna, no fue para nada menor.

A partir de la forzada federalización de 1880 Buenos Aires se convirtió en la capital de todos los argentinos, tanto de los porteños como de los provincianos. Estos últimos, ligados al aparato político, se establecieron en Buenos Aires de la mano del presidente tucumano Julio A. Roca, llevando consigo sus costumbres criollas. En ellos, ni siquiera el viaje a Europa consiguió convertirlos a los usos más sofisticados. En *La gran aldea* López relata, en la voz de Montifiori, una anécdota que éste protagonizara con el doctor Escañote, un acaudalado correntino a quien ignorara en París, y que por esta razón le ha retirado el saludo. Escañote había pretendido violentar la cola en la entrada de un teatro parisino, sin hablar francés y pretendiendo imponerse por su mera condición de notable provinciano. La policía lo detuvo mientras intentaba en vano buscar el auxilio de Montifiori, quien le cuenta los detalles al doctor de las Vueltas y al posible alter ego de Avellaneda:

De repente, *malheur*, me divisa, me conoce entre la ola de la muchedumbre y me grita: “¡Señor Montifiori, paisano, compatriota, venga a salvarme, que me quieren llevar a la comisaría!” Figúrese usted, doctor; yo iba en aquel momento nada menos que del brazo de ese espléndido *prince de Trois Lunes, un homme charmant, comme cicerone!* Salíamos de Brignon, era imposible codearme con aquel *rastaquouère* guaraní. El príncipe notó sin embargo mis señas y me decía: “*Comment! C’est un de vos compatriotes qui vous appelle, n’est-ce pas?*” [...] “*Bah! Non pas, mon cher prince; c’est un parvenu, je ne le connais pas.*” --¿Y cómo concluyó el incidente? --preguntó el señor del monocle. --Pero muy sencillamente: cenando nosotros en el *Café Anglais* y mi correntino durmiendo en la comisaría. --¡Ja, ja! --y todos se reían de la espiritual aventura de Montifiori. (López 97-98).

De seguro, este proceder avasallante era para el doctor Escañote casi un reflejo, una operación habitual (y cotidianamente exitosa) en Corrientes e incluso en Buenos Aires. Pero lejos de sus pagos, en otro país y sin la posibilidad de acceder a la red de contactos que le brindaba su pertenencia a la alta sociedad, era tratado como un ciudadano extranjero más, de acuerdo a reglas estrictas que estaban por encima de él. Al igual que el supuesto Avellaneda, Montifiori habla por momentos en francés o inserta algunos galicismos. Su nacionalidad se presenta confusa e indeterminada, ya que el príncipe de Trois Lunes y el doctor Escañote lo consideran como argentino, cuando en realidad el propio López lo había presentado en su relato como un ex diplomático de Bosnia o de Herzegovina.

En todo caso, lo que López procura mostrar del modo más descarnado, es el carácter culturalmente híbrido y artificial de Montifiori, un europeo “porteñizado” e integrado a la alta sociedad de Buenos Aires, por un lado, y su crueldad, por el otro. Al mismo tiempo, se advierte en los tres caballeros que dialogan la burlona revancha de los porteños vencidos y humillados en 1880, aunque, significativamente, Avellaneda no fuera

porteño sino tucumano como Roca.<sup>5</sup> Una revancha que llega por vía de su superior europeización y distinción con respecto a quienes integraban la alta sociedad de las provincias. Éstos podían controlar política y militarmente a Buenos Aires, ser tanto o más ricos que su elite tradicional, pero jamás hablarían francés ni serían aceptados por los burgueses parisinos. Montifiori, porteño y europeo a la vez, se presenta aquí como el triunfante portavoz de la alta sociedad capitalina.

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la europeización y el refinamiento de la elite capitalina a la que estos personajes pertenecían sólo serían parciales. A pesar de la sustitución de los mulatos y criollos del personal de servicio por empleados domésticos, por institutrices y por profesores europeos y de los esfuerzos sistemáticos por imponer una conversación refinada, siguiendo los códigos del *bon ton*, en los bailes de aspecto parisino siguió abundando el trato familiar y campechano.<sup>6</sup> Un trato sin etiqueta, en el que los populares saludos “¡adiós che!” constituían la nota habitual (Losada 174-175).

En definitiva, estos cambios se verificaron con lentitud, y no se impusieron de una vez y para siempre. Tal como lo indica Ángel Rama para el conjunto de Hispanoamérica después de 1880 lo criollo continuó operando con vigor, así como, con anterioridad, lo europeo también había estado presente y jugado su rol todavía minoritario. La era criolla y la era aluvial no fueron dos épocas diferenciadas a la perfección, estancas y químicamente puras, cada una por su lado, sino que se solaparon entre sí y se mantuvieron en un estado de tensión o de armonía, según la circunstancia. El paulatino refinamiento de la elite porteña no impedía que en 1891 Santiago Calzadilla añorara la hospitalidad porteña de antaño, irremediamente desaparecida: “Las tertulias se improvisaban sobre el núcleo de los íntimos; y los verdaderos saraos ponían de manifiesto la sociabilidad culta, sencilla y digna que mediaba entre las niñas y los mozos [...] las reuniones se repetían al infinito, facilitadas por la sencillez, por el ningún aparato en los salones ni en los tocados” (61 y 85).

Por entonces, las visitas se realizaban espontáneamente, sin necesidad de presentar tarjetas ni de anunciarse siguiendo normas preestablecidas. Pero a partir de 1880 las tarjetas de visita y la ceremonia de anunciarse se tornaron obligatorias. Este mayor cuidado a la hora de presentarse en una casa ajena nos da la pauta del aumento simultáneo de la privacidad y del protocolo en los hogares burgueses de Buenos Aires. El ámbito doméstico era entendido ahora como el recinto por antonomasia de lo privado. Es que la noción de hogar (*home*) había irrumpido, aunque más tardíamente que en Europa, en la alta sociedad porteña, conllevando su doble acepción de intimidad familiar y de confort (Losada 84-85). De esta forma, se introdujeron costumbres que los viejos caballeros y damas criollos consideraban estrafalarias, como la de besarles la manos a las mujeres. Veamos en ese sentido la anécdota relatada por el escritor y periodista Fray Mocho (seudónimo de José Severino Álvarez, 1858–1903), agudo cronista de la vida cotidiana de la sociedad porteña finisecular. Fray Mocho se pone en la piel de la tía Feliciano, una veterana matrona de la elite criolla:

A propósito de los que vienen de París, hijita, te voy a contar lo que me sucedió el otro día en lo de Mariquita, mi sobrina, que como sabrás, recién ha venido... [...] Llego a la casa y lo primero con que me topo, es un

francés todo afeitado y vestido de fraque que no entendía ni jota; de balde le decía, desgañitándome: ‘Vaya, dígame que está su tía Feliciana’... ¡Nada! Al fin busco en la cartera y le doy una tarjeta, pero en vez de darle la mía, con el apuro y la agitación, le doy una de Pepita Aguirre, que tenía guardada y lo oigo que gritaba desde la puerta cancel a otro sirviente que estaba en el descanso de la escaler [...] Entonces, me subo ligerita para decirles a aquellos condenaos mi equivocación y tomo para el lado del comedor, donde siempre acostumbraba recibirme Mariquita; pero me ataja el sirviente y me mete a la sala [...] cuando se aparece Mariquita en una de las puertas, [...] y me hace una cortesía a uno de minué... ¡Claro!... Corro a abrazarla diciéndole: “sí, soy yo, m’hijita,” pero ella con una sonrisa seria en que solamente me mostraba el colmillo de un lado, me estiró la mano en silencio y con una frialdad que me heló, che, a pesar del calor. (Fray Mocho 43-44)

El tratamiento satírico de la nueva situación (una de las características propias del estilo de Fray Mocho) da cuenta del cambio drástico de costumbres en los sectores más encumbrados del Buenos Aires finisecular. En ese sentido, el viaje europeo en la alta sociedad porteña fue vehículo potente de educación estética y de modales. En el fragmento citado, es discernible un antes y un después de la visita a Europa, con la consecuente transformación que llega incluso a las fibras más íntimas de una personalidad. El mundo de los vínculos y de los afectos se ve resentido. En pos de un objetivo de refinamiento considerado superior a cualquier otra alternativa, el control absoluto de las emociones y de los gestos más naturales se torna crucial. Para reemplazarlos, el protocolo indica las acciones mecánicas y repetitivas a ejecutar. Entre las mismas podemos citar la exhibición de la tarjeta de visita, el anuncio por medio de los sirvientes extranjeros, la espera en la sala de recibo (y ya no en el comedor, núcleo íntimo de un hogar cuyo ingreso se ha vuelto inaccesible para quienes no integran la familia más próxima), la sonrisa medida, la mano estirada y la reverencia para evitar casi por completo el contacto corporal, así como cualquier desborde emotivo.

En contrapartida, la tía Feliciana, que vivió el tiempo de las tertulias, es natural, sencilla, informal y populachera en sus palabras y acciones. Así lo prueban sus expresiones coloquiales: “condenaos,” “m’hijita,” “che,” que jalonan su discurso. Por otro lado, cabe señalar que la diferencia entre tía y sobrina es cultural, histórica y generacional a la vez. La era criolla está representada por la vieja y campechana señora mientras que la era aluvial por Mariquita, la joven burguesa porteña recientemente afrancesada. Como señala Félix Luna, las mujeres del 900 no pudieron gozar de la misma independencia y espontaneidad que sus madres y abuelas. Auténticas prisioneras de sus gobernantas, de sus madres, de sus tías, de sus padres y de sus hermanos como asimismo de rígidas convenciones, y educadas en colegios de monjas francesas o por institutrices británicas, “las porteñas alegres y sencillas de mediados de siglo, se fueron transformando [...] en las estiradas e inalcanzables “niñas” del Centenario” (Luna 95).

La transición de una etapa a otra fue gradual y compleja. A la convivencia en un mismo espacio y en una misma época de dos generaciones tan radicalmente opuestas (aunque pertenecieran a la misma clase social) se agrega lo inadecuado de los escenarios en los que

la alta sociedad pretendía organizar sus eventos. Mientras la burguesía porteña intentaba europeizarse, los patios coloniales seguían siendo los mismos, aunque los arreglaran para la ocasión, al igual que los largos y monótonos salones. Es así que los ambientes de estilo francés recién se impondrían en los *petits hôtels* del 900. En cuanto a la servidumbre, vale señalar que en los años ochenta y noventa se generalizaron los sirvientes varones y extranjeros, un dato no menor, ya que, en realidad, el servicio doméstico estaba compuesto en su mayoría por mujeres y por algunos hombres, generalmente de sangre africana. De ahí la aparición de los *valets de chambre*, como el de este pasaje de Fray Mocho. A ese respecto, no deja de ser significativo constatar que cuando muere la tía Medea en *La gran aldea* su viudo, aconsejado por el elegante Benito Cristal, antiguo amigo de Tomás Rolaz, despide a todo el “mulaterío antiguo de la finada” y contrata personal nuevo (López 118).

En lo que hace al origen étnico, habrá una preferencia por las muchachas vascas y por los varones gallegos. Si bien el objetivo ideal era contratar sirvientes francófonos o anglófonos, éstos eran escasos, por lo que el servicio doméstico fue hegemonizado por los españoles, con una presencia menor de italianos y de individuos de otras nacionalidades (Barrancos 567-568). El desenlace de *La gran aldea*, marcado por la fatalidad, es protagonizado muy sugestivamente por la joven Graciana, una criada vascofrancesa cuyo descuido causa la muerte por incineración del bebé de Blanca Montifiori y de Ramón Rolaz. La creencia en las virtudes del nuevo personal doméstico europeo es cuestionada severamente por Lucio V. López quien, en su novela, procura mostrar la carencia de valores morales sólidos y de lazos de pertenencia de estos inmigrantes respecto a las antiguas familias criollas. Muy diferente, en ese sentido, es el rol desempeñado por Alejandro, el cochero mulato de la tía Medea, luego contratado por Benito Cristal. Su condición de “criado favorito,” fiel a sus patrones y de pura cepa criolla, se erige como una “voz desmitificadora” frente al liberalismo triunfante del general Mitre (Spicer-Escalante 48). En medio de la euforia generalizada por la victoria del ejército porteño en la batalla de Pavón, Alejandro, urquicista y federal, si bien acompaña a Julio a recibir a las tropas en el puerto, se permite la ironía y el juicio condenatorio.<sup>7</sup> La relación amorosa que mantiene este personaje con Graciana, ya sobre el final de la novela, podría interpretarse, en cambio, como una prueba del carácter corrompido de la nueva sociedad porteña que el memorialista pretende mostrar y enjuiciar. Una corrupción que estaría provocada por los inmigrantes europeos, y que sería ajena a la población criolla.

Esta postura crítica de López contrasta con la de la alta sociedad contemporánea a la que él mismo pertenece. Los testimonios al respecto abundan, pero para el caso citaremos algunos fragmentos de la correspondencia entablada entre Miguel Cané, embajador argentino en París, y Carlos Pellegrini, presidente del Jockey Club de Buenos Aires, durante 1896 y 1897. Mientras seguía avanzando la construcción de la nueva sede del Club en la calle Florida, ambos amigos preparaban minuciosamente todos los detalles relacionados con la decoración y con el personal doméstico. El futuro Jockey debía parecerse, según Cané, a sus émulos parisinos de L'Épatant y del Cercle de la Méditerranée. En estos restaurantes los *valets de chambre* y los *maîtres d'hotel* utilizaban elegantes uniformes y estaban organizados de acuerdo a una jerarquía que el diplomático analiza e insiste en trasplantar al futuro restaurante del Jockey Club. Así lo especifica claramente en su carta a Pellegrini del 16 de febrero de 1897:

Lo que debe preocuparte y mucho, es la *tenue* de las gentes de servicio del club. En el Épatant, que es el mejor servicio que conozco, hay una profusión de criados extraordinaria. Primero, los *maîtres d'hôtel*, frac negro, de corte especial, *culotte* negra y media negra, zapato. Luego, los *valets de chambre*, librea color marrón oscuro o café; enseguida, los *valet de pied*, librea azul, media blanca, zapato. Todo de irreprochable limpieza. Los *valet de pied* que se distinguen ascienden a *valet de chambre* y entre éstos se reclutan los *maîtres* de hotel. (Newton 108)

Como indica Adriana Bergero, Cané consideraba que la Argentina era un país afligido por la barbarie, la cual debía ser sistemáticamente pulida y armonizada con la etiqueta francesa (20). Esta concepción se trasladaba también a la gastronomía, la cual, como ha escrito José Luis Romero, no podía estar basada en los aportes criollos, italianos, españoles, polacos o rusos. Ni las cacerolas, ni la pizza, ni las pastas, ni las tripas, ni el ajo, ni los potajes y salsas podían equipararse con los menús del chef del Jockey y de su cocina Cordon Bleu, capaz de ser aprobada tanto por la clase alta como por las nuevas clases medias (“La ciudad” 16). Sin embargo, por más que se esforzaran en copiar la cocina de París, Cané y Pellegrini no podían evitar negociar entre aquella gastronomía selecta y “nuestras” maneras, esto es, entre pureza e hibridez. En realidad, la proximidad de Buenos Aires con respecto a París parecía caracterizarse por las asimetrías y los deslizamientos. Es así que, finalmente, el chef contratado para el Jockey resultó ser alguien que conocía la cocina criolla y que había trabajado en la ciudad balnearia de Mar del Plata, lugar de veraniego exclusivo por entonces de la alta sociedad porteña (Bergero 21).

En la antigua ciudad criolla las posibilidades de interactuar socialmente en los espacios públicos eran, como ya apuntamos, hartamente limitadas. Buenos Aires era una ciudad de puertas adentro, en la que la dimensión interior predominaba, determinando conductas, personalidades y modos de vida. No obstante ello, había ciertos ámbitos en los que los contactos se tornaban inevitables. Es el caso de los comercios, en sus variadas acepciones. Dentro de esta categoría estaban incluidas las pulperías o “esquinas,” los almacenes, los cafés, que aparecieron en los años finales de la dominación española, y las tiendas en general, que vendían productos diversos (importados y autóctonos). Lucio V. López describe admirativamente el comercio porteño hacia 1861, el año de la batalla de Pavón y de la unificación definitiva del Estado de Buenos Aires y de la Confederación Argentina. Así alude a su carácter criollo, austero, familiar, artesanal y por completo carente del boato de las vidrieras y de los empleados europeos, elementos por entonces desconocidos. López subraya el hecho de que las tiendas eran además lugares de encuentro e intercambio y no meros ofertorios de mercaderías. Como no había escaparates, los artículos no podían colocarse en exhibición pública y no eran inaccesibles sino que, por el contrario, podían tocarse y manipularse, demostrando la existencia de una “buena fe comercial,” éticamente superior al desenfrenado mercantilismo del Ochenta:

Las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él a guisa de esfinge. ¡Oh, qué tiendas

aquellas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos cuyas piezas avanzaban dos o tres metros al exterior sobre la pared de la calle; y entre las piezas de percal, la pieza de pekín lustrosa de medio ancho, clavada también en el muro, inflándose con el viento y lista para que la mano de la marchanta conocedora apreciase la calidad del género entre el índice y el pulgar, sin obligación de penetrar a la tienda. Aquella era buena fe comercial y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto que reclaman nuestras madres con un derecho indiscutible. (López 39)

En *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Wilde recuerda que los almacenes de comestibles, con productos tales como azúcar refinada, cerveza inglesa y té son de aparición “relativamente reciente,” y que, antes de que éstos surgieran sólo había pulperías, en torno a las cuales se juntaban borrachos “cargosos,” dentro del mismo establecimiento o en la vereda. Este espectáculo era no sólo habitual sino socialmente aceptado (238). Los pulperos, por su parte, solían ser criollos, hombres sin instrucción alguna que no necesitaban vestirse bien puesto que jamás estaban en contacto con gente “decente”:

Su traje, durante el verano, era, comúnmente, el siguiente: se ponían tras del mostrador, en los primeros tiempos, en mangas de camisa, sin chaleco, con calzoncillos anchos y con fleco; sin pantalón, con chiripá de sábana o de algún género delgado, o bien un pañuelo grande de algodón o de seda, que entonces se usaban más que hoy, a guisa de delantal, medias (algunas veces), y chancletas. Como no entraban personas de lo que se llama *decentes*, como hoy sucede en los almacenes, ese traje estaba más que suficientemente bien para la clase de parroquianos o *marchantes* que tenían. (238)

Los pulperos, según relata el propio Wilde, habían sido originalmente españoles, para luego ser reemplazados por criollos. Más tarde, con el aumento de la inmigración europea, éstos serían a su vez sustituidos por los italianos, cuya vestimenta ya no sería en absoluto gauchesca, otro signo del cambio de los tiempos, de las transformaciones culturales que supuso el arribo masivo de extranjeros al país (238). Víctor Gálvez, por su parte, describe la concurrida tienda de don Braulio, en la esquina de Perú y Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen). Ésta se hallaba en el mismo lugar en donde se levantaría luego el Palacio Muñoa, sede del Club del Progreso entre 1857 y 1900. El relato de Gálvez no brinda precisiones cronológicas, aunque por las alusiones al ubicuo “colorado” se sobreentiende que se está refiriendo a la etapa del rosismo; es decir, algunos o varios años antes de 1852 (cuando Rosas fue derrocado) y, lógicamente, antes de 1855, que es la fecha en que se iniciaría la construcción del Palacio:

En el sitio donde hoy se levanta el hermoso edificio que ocupa el “Club del Progreso,” y en la planta inferior la espléndida tienda del mismo nombre, había allá por los años de... una casa de teja, con algunos cuartos a la calle que se llamaba de *Representantes* y hoy del Perú [...] Todo era colorado entonces: los uniformes de las tropas, los ponchos de los gauchos, los



rebozos de las negras, todo era colorado: puertas, ventanas y frisos de las casas. (78-79)

La fecha es así indeterminada, brumosa en la evocación, por lo que cabe preguntarse si se trata de un recurso narrativo consciente o, por el contrario, de un involuntario olvido o recuerdo fragmentario. Dos dimensiones parecieran superponerse aquí, la del pasado y la del presente, el edificio moderno y el viejo, la calle nueva y la calle vieja, en donde hasta los nombres (que indican la identidad) son distintos. En esta tienda se vendían puntillas, encajes, randas y embutidos. Su propietario era un casto y económico solterón, de natural bondadoso y de vida rutinaria y limitada. Pero lo que nos interesa resaltar es que el pequeño negocio oficiaba también de tertulia. Don Braulio era el centro de la misma, y sus tertulianos solían permanecer parados en la puerta, mientras el “muchacho dependiente” les servía mate, con su atuendo de entrecasa, “siempre en mangas de camisa y con chancletas.” El memorialista destaca el hecho de que los negocios antiguos, tanto los que funcionaban en locales como aquellos de carácter ambulante, eran auténticos centros de sociabilidad de los “hijos de la tierra,” en los que florecían el trato campechano y la chismografía más profusa (Gálvez 81).

Los testimonios de López, Wilde y Gálvez dan cuenta de la etapa anterior a 1880 como así también de los primeros cambios, cuando aparecen las tiendas de tono y la vieja sociabilidad criolla ligada a los comercios va desapareciendo. En otras palabras, puede decirse que el Ochenta inaugura un período transicional, de profundas transformaciones, el cual se prolongará hasta los albores del siglo XX, cuando Buenos Aires se transforma definitivamente en una metrópoli de inspiración europea. Es por ello que al llegar el Centenario, la situación había cambiado de manera drástica. Cuando en 1914 el periodista y escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo visita la ciudad de Buenos Aires deja el testimonio de una crónica de inspiración netamente modernista, un modernismo que ya no es el contestatario de Rubén Darío sino que constituye una estética y una justificación de la burguesía dominante.

Ciertamente, la Buenos Aires que describe Gómez Carrillo es muy diferente de la Gran Aldea evocada por los memorialistas. En pocas décadas la capital argentina había adquirido la fisonomía de una metrópoli europea, la mayor del mundo hispano. Ahora, según escribe un admirado Gómez Carrillo, podía ser parangonada con la mismísima París, modelo urbano y civilizatorio por excelencia. Acompañado de un amigo argentino, el reportero centroamericano recorre Florida (la antigua Calle del Empedrado), con sus lujosas vidrieras, y casi llegando a la Avenida de Mayo, se topa con uno de los “palacios” de la tienda “Gath & Chaves,” la mayor cadena comercial de Sudamérica. Según Gómez Carrillo este “palacio” nada tiene que envidiarles a sus homólogos de París. Es más, el cronista tiene la sensación de hallarse en la mismísima Ciudad Luz:

Estamos ya al final de Florida. El ruido de los automóviles de la avenida de Mayo llega hasta nuestros oídos, haciéndonos sentir que dentro de un instante habrá terminado nuestra deliciosa peregrinación por la extraña y admirable calle. Para prolongar el encanto de la hora me dejo guiar por mi amigo y penetro en una tienda que, desde fuera, no me ha parecido sino enorme. ¡Cuál no es mi sorpresa al hallarme de pronto trasladado a la

verdadera capital de las elegancias! ¿Es el Printemps, con sus mil empleadas gentiles y su perpetuo frou-frou de sedas ajadas por manos aristocráticas? ¿Son las Galerías Lafayette, con sus enjambres gorjeantes de muchachas bonitas que se prueban los sombreros más excéntricos con la mayor naturalidad? Es todo eso junto [...] el palacio de las tentaciones. (Gómez Carrillo 67)

Estas grandiosas cadenas de tiendas, esparcidas en todas las ciudades importantes, e inexistentes antes de 1880, aunaban la posibilidad tradicional de tocar la mercadería, la novedad de la exhibición en vidrieras, la tentación de una multitud de variados productos, la despersonalizada sincronización de ejércitos de empleados, y el esplendor arquitectónico, de inspiración parisina. Está claro que los almacenes como “Gath & Chaves” no podían officiar de centros de sociabilidad. No eran lugares de encuentro ni de construcción y/o afirmación de identidades, como sí lo habían sido, en cambio, las tiendas criollas que añoran los memorialistas porteños. Pero volvamos a *La gran aldea* y a su descripción del comercio. Para Lucio V. López, los tenderos criollos de antes eran superiores a los europeos de hoy, no sólo en el aspecto comercial sino en sus cualidades más humanas, puesto que eran los últimos representantes de un linaje aristocrático cuyos orígenes se remontaban a la colonia. Para el memorialista, el trato afable, familiar, que se entablaba entre tendero y cliente trascendía lo económico: “¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia” (39).

La alta sociedad porteña fue un producto directo de las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII y de la apertura comercial que favoreció a Buenos Aires, hasta entonces un poblado marginal que había sobrevivido, en buena parte, merced al contrabando. Si en la sociedad peninsular las actividades manuales (fuesen éstas industriales, artesanales o comerciales) eran despreciadas tanto por la alta como por la baja nobleza, en la Gran Aldea el comercio era la piedra de toque de esa elite en formación que pretendía convertirse en una aristocracia europeizada. Por lo tanto, la labor del tendero no era digna de desprecio sino de orgullo, ya que muchos de ellos se enriquecieron gracias a la misma y, andando el tiempo, se convirtieron en terratenientes y “rastacueros,” todos ellos en vías de evolución hacia formas superiores de distinción y de cultura. Al mismo tiempo, es llamativa la diferenciación étnica y moral que hace López entre los tenderos criollos de la Gran Aldea, por un lado, y los tenderos europeos de la flamante Capital Federal, por el otro. Lo que aquí está en juego es, claramente, una cuestión identitaria: la vieja elite criolla amenazada por la invasión inmigratoria y plebeya. Una identidad étnica y de clase que López, como los otros memorialistas de la década de 1880, se encarga de defender con un tesón que roza lo obsesivo. Tenderos y clientes de la Gran Aldea formaban parte, en definitiva, de una misma colectividad cultural y social, en la que los lazos y el modo de socializar eran en esencia los mismos que podían regir en una familia extendida, de configuración patriarcal:

No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los más afectuosos saludos a la rueda de contertulianos, sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento. Y

cuando las lindas transeúntes penetraban a la tienda, el dueño dejaba a sus amigos, saludaba a sus clientes con un efusivo apretón de manos, preguntaba a la mamá por ese caballero, echaba algunos requiebros de buen tono a las señoritas, tomaba el mate de las manos del cadete y le ofrecía a las señoras con la más exquisita amabilidad; y sólo después de haber cumplido con todas las reglas de este prefacio de la galantería, entraban clientes y tenderos a tratar de la ardua cuestión de negocios. (39)

Lo que aquí se sostiene, en suma, es que había por entonces una dimensión inmaterial (por oposición a la concepción materialista que dominaría y contaminaría el 80) que se antepone a cualquier trato de orden económico. Antes que nada, lo que importaba eran los vínculos existentes entre los miembros de un mismo y escogido grupo, el de los criollos más ricos de la Gran Aldea, núcleo fundacional de la opulenta Buenos Aires posterior.

Lucio V. López, al igual que los otros memorialistas, se esfuerza por rescatar la pureza identitaria y ética de estos primeros porteños, perceptible incluso, para él, en los toscos locales comerciales de 1861. Hay en la novela de este memorialista una serie de elementos que nos hablan, siguiendo otra vez a Carretero, de “protocolos no escritos.” Entre ellos podemos mencionar el trato llano, sin rodeos ni etiqueta y el consumo del mate, el cual no era sólo una infusión, sino un vehículo de intercambio interpersonal y una marca del más típico criollismo. A esto se añaden la galantería obligada del caballero con respecto a las damas y su condición de patrón. Como tal, encarna la autoridad masculina de propietario de la tienda, con sus respectivos subordinados—reproducción en miniatura de las estructuras patriarcales y clasistas de la Gran Aldea. Tales reglas tácitas gobernaban la embrionaria alta sociedad de Buenos Aires y, a despecho de su espontaneidad y sencillez, eran tan rigurosas y significativas como las que se importarían luego de Europa. En este último caso, sin embargo, se trataría de una operación ideológica sistemáticamente organizada y consciente, artificial por definición, a diferencia de las reglas y comportamientos más naturales e informales de la Gran Aldea.

Parfraseando a Adriana Bergero, podemos decir que a pesar de que la alta sociedad proveyó a la ciudad de imaginarios y de ceremonias a través de las cuales se veneraba lo que no se podía tocar (como los lujosos artículos importados de los escaparates), el mercado también desplegaría una amplia gama de nuevos hábitos sociales para el resto de la ciudad. Entre ellos podemos mencionar los ritos del café y del entretenimiento, los cuales generarían un sentimiento colectivo de pertenencia, aunque sin borrar las tensiones sociales (89). Frente a las lujosas tiendas o a los clubes en los que se nucleaba la elite, los sectores populares se vieron forzados a crear nuevos espacios de sociabilidad que debían ser necesariamente diferentes de los más modestos de la era criolla. La razón es simple: la modernización y el progreso material habían avanzado, y la población había aumentado de manera exponencial, modificando de paso su composición étnica. Uno de estos ámbitos, ya existente durante el tránsito del siglo XVIII al XIX, pero que creció de manera notable en la segunda mitad de esta última centuria, fue el de los cafés.

Los cafés forman parte de una tradición colonial y española. Los primeros que hubo en Buenos Aires surgieron a fines del siglo XVIII, como fue el caso del “Almacén del Rey,” instalado en 1769 bajo la Recova Vieja, o el célebre “Café de Marcos,” sito en la actual esquina de Bolívar y Alsina, centro de conspiración independentista en la primera década

del XIX. Más tarde, se abrieron otros locales cercanos a la Plaza Mayor, como por ejemplo el “Café de la Comedia” (Reconquista frente a la iglesia de La Merced), el “Café de la Victoria” (en la calle homónima, hoy Hipólito Yrigoyen) y el “Café de los Catalanes,” entre otros de menor categoría (Ostuni y Himschoot 11-12). De estos primeros locales, “los más lujosos y mejor atendidos” fueron el “Café de Marcos” y el “de la Victoria” (Wilde 145). Por entonces, los cafés cohabitaban en pleno centro urbano con numerosas pulperías o almacenes a la usanza criolla, como el “Almacén del Plata” (de 1839), que cambió su nombre en 1866 por “Almacén Florida.” Al inaugurarse la Avenida de Mayo en 1894 surgieron allí numerosos cafés “a la española” o “a la madrileña,” “que llenaron la urbe con sus bullicios, sus tertulias, sus juegos de naipes, dominó, billares y aquellos “gloriosos chocolates con churros”” (Ostuni y Himschoot 12-13).

Como señala Sandra Gayol, la ciudad, a esta altura, había dejado de estar habitada mayoritariamente por porteños. Dicho en otras palabras, eran pocos los vecinos que se conocían de toda la vida y que compartían lazos familiares y comunitarios. En una situación de ruptura de los marcos de referencia, había que buscar el modo y el lugar de gestar encuentros, de inspirar confianza en el otro. Esto explicaría la espectacular proliferación de cafés en la segunda mitad del XIX. En 1887, el Primer Censo de Población registró más de 200 locales de este género (Gayol 11). En los cafés, la gente “entabla conversación,” profundiza vínculos, pero también continúa diálogos iniciados en la calle. Es aquí donde se genera una auténtica puesta en escena, en donde tiene lugar la “ceremonia del encuentro” y en donde la sociabilidad masculina se organiza bajo “la mirada atenta de los otros,” estructurada sobre la base del alcohol, la guitarra y los juegos de cartas (15-16). Sobre el final del siglo los cafés devienen el principal espacio de sociabilidad popular y de construcción de nuevas identidades políticas y de clase. No sorprende entonces que cuando la protesta obrera arrecie, sean vigilados y denunciados (30-31). Pero retomemos, una vez más, el testimonio de los memorialistas porteños. Con algunos años de anterioridad al fenómeno que describe Gayol, José Antonio Wilde ya hablaba de la familiaridad, el poco aseo y la sencillez que reinaban en estos establecimientos durante la era criolla:

No se daba de almorzar en los cafés; el despacho quedaba reducido a café, té, chocolate, candial, horchata, naranjada y algunas copitas. Servíase entonces el *café con leche* [...] en inmensas tazas que desbordaban hasta llenar el platillo; jamás se veía azúcar en azucarera; se servía una pequeña medida de lata llena de azúcar, generalmente no refinada [...] Los mozos respetaban poco a los concurrentes, presentándose en verano en mangas de camisa, y ésa, no siempre de una limpieza, y muchas veces, fumando su cigarrillo. (146)

Sin embargo, los cafés porteños no fueron sólo el lugar en el que los hombres se juntaban a beber y a charlar de nimiedades, sino que también se erigieron en centros de conspiración política o de negocios. Así nos lo recuerda Víctor Gálvez utilizando el diálogo de dos singulares personajes, Don Canuto y el señor Delardilla, los anacrónicos protagonistas de una tertulia que hacia 1880 todavía se organizaba en casa del primero de ellos. Viejos caballeros criollos perdidos y disgustados en una época de cambios

violentos que no dejan de condenar, ambos amigos evocan con gusto los diversos cafés que tuvo la ciudad y las andanzas de sus *habitués*:

Ellos recordaron el café de *Marcos*, cuando estaba administrado por Munilla [...] No olvidaron tampoco el café de Santo Domingo, ni el de los Catalanes, ni menos las aventuras galantes de don Goyo Gómez [...] amigo de la juventud, de la vida bulliciosa, elegante de maneras, conversador ameno y la crónica parlante de los tiempos de la independencia. Hicieron la historia de esos establecimientos y de sus transformaciones, centros de acuerdos políticos, sitios de enredo y de chismografía [...] Revolución hubo que en el café de *Marcos* tenía el centro de acción. Se peroraba, se gritaba, se pronunciaban discursos, y en el inmenso patio, hoy convertido en casa de remate, en torno de multitud de mesas, los magnates de la época hacían sus negocios. (102)

Las pasiones políticas se forjaban y se desataban así en los cafés de Buenos Aires, espacio vedado a las mujeres y alejado por lo tanto de la vida doméstica. En la evocación nostálgica, Don Canuto y el señor Delardilla hacen la alabanza de sus protagonistas, algunos de los cuales eran hombres de renombre histórico, como el general Facundo Quiroga, y no dejan de realzar la chispa, la inteligencia, la capacidad de conversar y los entretelones del poder político y económico. En los cafés del Ochenta, en cambio, la juventud ya no se dedicaba a empresas osadas sino que perdía su tiempo entre los billares omnipresentes y las rutilantes luces de gas, signo de un negativo progreso:

—¿Dónde va ahora la juventud? —preguntó don Canuto.  
—A esos establecimientos que parecen hornos candentes por la multitud de luces de gas, le contestó Delardilla. Los hay tan grandes que las mesas de billar llegan hasta cerca de cuarenta... ¡Qué batahola! ¡Qué atmósfera! ¡Qué ruido! (Gálvez 102)

Nos interesa resaltar un punto clave que se desprende del testimonio de Víctor Gálvez: el carácter caótico, inorgánico y por momentos violento de estas reuniones masculinas, en las que la opinión pública de la que habla Habermas se hallaba en un estado aún embrionario. Ciertamente, la esencia misma del café implica una interacción social que, lejos de presuponer la igualdad de estatus, ignora el estatus por completo y desestima, al menos en teoría, la posición social, la influencia política y el poder económico otorgándole la preeminencia al argumento superior, más allá de cualquier otro elemento extra-discursivo (Habermas 37). Pero los cafés porteños, aunque animados en buena parte por esta misma lógica, no constituían instituciones formalmente organizadas, en las que rigiera un estatuto escrito y en las que la sociabilidad se hallase encauzada. Muy por el contrario, las pasiones fluían aquí con libertad, lo que podía llegar a ser un problema, sobre todo en lo atinente a cuestiones políticas. En un siglo de conspiraciones, revueltas armadas, guerras civiles endémicas, facciones partidarias basadas en el caudillismo, sistemas políticos aún laxos, sin cuajar, virulentas rivalidades interregionales, autonomías provinciales robustas, una unidad nacional todavía endeble, y una mayoría de personas iletradas y con frecuencia armadas, la alta sociedad porteña se vio en la necesidad de crear un sitio alternativo más eficaz y seguro. Un espacio restringido de sociabilidad,

predominantemente masculino aunque por momentos abierto a las mujeres. Nos referimos a los clubes sociales, cuyo análisis trasciende los límites de este artículo. Baste con decir que, en el caso de Buenos Aires, hubo dos entidades que se erigieron como instituciones de encuentro de la elite, el Club del Progreso (1852) y el Jockey Club (1882). Fue en ellos donde la alta sociedad celebró sus bailes periódicos, anudó encuentros, urdió acuerdos políticos y concertó negocios y alianzas matrimoniales.

Comprobamos así que, tal como sugiriéramos al comienzo, las identidades de clase y las sociabilidades desplegadas en los espacios interiores se vincularon desde siempre en Buenos Aires. Durante la era criolla los escenarios casi exclusivos de las mismas fueron las casonas de la elite local, en donde los diferentes sectores sociales cohabitaban. Aunque las jerarquías no dejasen de estar claramente establecidas, la configuración patriarcal de los núcleos residenciales—donde coexistían, en un mismo y amplio espacio, miembros de una misma familia extendida, criados, esclavos y eventuales huéspedes—favorecía los intercambios interpersonales entre gentes de condición socioeconómica diversa. Por otra parte, la sencillez de la vida cotidiana en general, traducida en la escasez de comodidades y en la austeridad de la decoración, del mobiliario, del vestido, de las bebidas y de los alimentos, así como en la informalidad del trato, equiparaba “hacia abajo,” limando las diferencias de clase. Por el contrario, durante la era aluvial, la prosperidad económica y la tensión entre la elite criolla y los inmigrantes proletarios impulsaron una diferenciación socioeconómica más aguda. Mientras los viajes a Europa se hacían más frecuentes y las familias más distinguidas comenzaban a abandonar el casco histórico de la Gran Aldea para mudarse a sus flamantes *petits hôtels* del Barrio Norte, las formas de sociabilidad cambiaron, adoptando un claro sentido clasista. Mientras la alta sociedad sustituía a sus humildes tertulias por salones de vocación parisina, en donde el lujo y la etiqueta rigidizaban el trato interpersonal, eran fundados sus clubes exclusivos, cuyas instalaciones eran tan refinadas y confortables como las de los *petits hôtels*. En el otro extremo de la escala social, los sectores subalternos forjaban sus espacios de sociabilidad procurando construir su propia identidad colectiva, netamente diferenciada de aquella perteneciente a una alta sociedad cada vez más cristalizada, cerrada y europeizada.

*Université de Montréal*

## Notas

- <sup>1</sup> “Era criolla” (1810–1853) y “era aluvial” (desde 1853 hasta el presente) son dos periodizaciones y dos conceptos acuñados por José Luis Romero (1956).
- <sup>2</sup> La expresión “Gran Aldea” fue creada por Lucio V. López al escribir la novela homónima y hace alusión a la pequeña ciudad de Buenos Aires anterior a 1880. Su uso se generalizó *a posteriori* entre numerosos autores.
- <sup>3</sup> El término “contractualismo,” derivado de la palabra “contrato,” constituye una corriente moderna de la filosofía política y del derecho que concibe la base del Estado y de la sociedad humana como una suerte de contrato fundacional entre personas. Por este medio se acuerda un recorte de las libertades individuales a favor de leyes que aseguren la estabilidad y el marco protector del cuerpo social. En cuanto al “iusnaturalismo,” éste consiste en una teoría de inspiración ético-jurídica que reivindica la existencia de derechos humanos originados en la misma naturaleza de la persona, de validez universal anterior a la organización jurídica de las sociedades.
- <sup>4</sup> En ese sentido, David Foster ha caracterizado a la obra de López como “*roman à clef*” (novela en clave) que provee detalles de las personalidades de la historia social argentina del período (93-94).
- <sup>5</sup> En 1880 se produjo el último de los alzamientos provinciales contra el gobierno central. Éste fue protagonizado por los “conciliados” porteños liderados por el gobernador Carlos Tejedor. El movimiento fue reprimido por el Ejército nacional y la ciudad de Buenos Aires fue federalizada, esto es, separada de la provincia homónima y convertida en la capital de todos los argentinos.
- <sup>6</sup> En lo que hace al rol “civilizador” de la conversación culta y refinada en los salones burgueses europeos, consultar Norbert Elias.
- <sup>7</sup> Fue David Viñas quien realizó un análisis del “criado favorito,” figura recurrente en la literatura argentina incluso hasta bien entrado el siglo XX. Siguiendo su hipótesis, es en esta figura servil que encontramos la ratificación de un elemento inmodificable, metahistórico, de unos valores que son privativos de la elite y que la santifican, de alguna manera. Hay una “continuidad en la sangre” representada por estos criados que han servido en las guerras de la independencia y civiles bajo las órdenes de sus amos burgueses, llegando incluso a sacrificar sus vidas por ellos y por la patria. Al decir de Viñas, “el criado favorito es el más destacado de los animales domésticos, un perro soldado o un animal patriótico” (75). Con el cambio de siglo, el criado, tan criollo como su amo, será su aliado en la lucha contra quienes socavan el orden tradicional, léase obreros organizados, inmigrantes, o ambos a la vez. La defensa de la tradición criolla iría de la mano de la defensa del orden. En su lectura de las obras de la generación del 80, Viñas señala por primera vez esta figura en *La gran aldea*, aunque ya se encontrara presente en *Amalia*, de José Mármol. En ambos casos se trata de obras fundacionales del género novelístico y memorialista en la Argentina, escritas por dos miembros de la elite porteña. El criollismo literario, insiste Viñas, se funda, en buena parte, en esta significativa relación amo-criado predilecto—ambos argentinos viejos, “puros”—y tendría su máxima expresión poética en los gauchos Martín Fierro y Don Segundo Sombra, héroes, respectivamente, del poema de José Hernández (1872–1879) y de la novela de Ricardo Güiraldes (1923).

## Obras Citadas

- Agulhon, Maurice. *La Sociabilité Méridionale: Confréries et Associations dans la Vie Collective en Provence Orientale à la Fin du XVIIIe Siècle*. Aix-en-Provence: La Pensée Universitaire, 1966. Impreso.
- . "La sociabilité est-elle objet de l'histoire?" *Sociabilité et société bourgeoise en France, en Allemagne et en Suisse (1750-1850)*. Dir. François Étienne. Paris: Editions recherches sur les Civilisations, 1986. 13-22. Impreso.
- Barrancos, Dora. "La vida cotidiana." *Nueva Historia Argentina. Tomo 5: El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Ed. Mirta Zaida Lobato. Sudamericana: Buenos Aires, 2000. 556-98. Impreso.
- Bergero, Adriana. *Intersecting Tango. Cultural Geographies of Buenos Aires, 1900-1930*. Pittsburgh: U of Pittsburgh P, 2008. Impreso.
- Blasi, Alberto Oscar. *Introducción a Lucio V. López*. Buenos Aires: Huemul, 1965. Impreso.
- Calzadilla, Santiago. *Las beldades de mi tiempo*. 1891. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1944. Impreso.
- Carretero, Andrés. *Vida cotidiana en Buenos Aires I*. Planeta: Buenos Aires, 2000. Impreso.
- Daumard, Adeline. "La vie de salon en France dans la première moitié du XIXe siècle." Dir. François Étienne. *Sociabilité et société bourgeoise en France, en Allemagne et en Suisse (1750-1850)*. Paris: Editions recherches sur les Civilisations, 1986. 81-92. Impreso.
- Elias, Norbert. *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1983. Impreso.
- Foster, David William. "La gran aldea as Ideological Document." *Hispanic Review* 56.1 (1988): 73-87. Impreso.
- Fray Mocho (Jose Sixto Álvarez). *Memorias de un vigilante*. Buenos Aires: Vaccaro, 1920. Impreso.
- Gálvez, Víctor. *Memorias de un viejo*. 1889. Buenos Aires: Ediciones Argentinas Solar, 1942. Impreso.
- Gayol, Sandra. *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y café 1862-1910*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2000. Impreso.
- Gómez Carrillo, Enrique. *El encanto de Buenos Aires*. Madrid: Perlado, Páez y Compañía, 1914. Impreso.
- González Bernaldo, Pilar. "Vida privada y vínculos comunitarios: formas de sociabilidad popular en Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX." *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo I. País antiguo. De la colonia a 1870*. Dir. Fernando Devoto y Marta Madero. Buenos Aires: Taurus, 1999. 147-67. Impreso.
- . *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina, 1829-1862*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001. Impreso.
- Habermas, Jürgen. *The Structural Transformation of the Public Space. An Inquiry into a Category of Bourgeois Sphere*. Cambridge, MA: The MIT P, 1989. Impreso.
- López, Lucio Vicente. *La gran aldea*. 1884. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010. Impreso.
- Losada, Leandro. *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores; Iberoamericana, 2008. Impreso.



- Luna, Félix. "El medio siglo del Club." *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Ed. Horacio E. Eviner, Mariana López y Edgardo Fossati. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002. 92-95. Impreso.
- Myers, Jorge. "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860." *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo I. País antiguo. De la colonia a 1870*. Dir. Fernando Devoto y Marta Madero. Buenos Aires: Taurus, 1999. 112-41. Impreso.
- Newton, Jorge, de N. L. Sosa, y Carlos Pellegrini. *Historia del Jockey Club de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones L.N, 1966. Impreso.
- Ostuni, Ricardo A., y Oscar B. Himschoot. *Los cafés de la Avenida de Mayo*. Buenos Aires: Ediciones Club del Tango, 1994. Impreso.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajamar Editores, 2004. Impreso.
- Romero, José Luis. "Buenos Aires: una historia." AAW, *Historia integral de la Argentina*, volumen 7, "El sistema en crisis." Buenos Aires: CEAL, 1970. 34-45. Impreso.
- . "La ciudad burguesa." *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*. Ed. José Luis Romero. Buenos Aires: Editorial Abril, 1983. 9-18. Impreso.
- . *Las ideas políticas en Argentina*. 1956. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1978. Impreso.
- Spicer-Escalante, J. P. *Visiones patológicas nacionales: Lucio Vicente López, Eugenio Cambaceres y Julián Martel ante la distopía argentina finisecular*. College Park, MD: Hispamérica, 2006. Impreso.
- Viñas, David. *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. 1964. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2005. Impreso.
- Wilde, José Antonio. *Buenos Aires desde setenta años atrás*. 1881. Buenos Aires: EUDEBA, 1960. Impreso.